

Edgardo Enríquez pertenece a ese tipo de hombres que influyen en las generaciones de un país, de una región, de una ciudad, de una Universidad, a través de su propia acción y a través de su descendencia, de sus hijos.

Nuestra generación, la generación de los 60, de la Universidad de Concepción, la generación de miles de jóvenes universitarios que se hicieron socialistas, de miles de jóvenes que se asumieron como revolucionarios, que iniciaron la construcción de una nueva cultura emancipatoria, la cultura mirista; quiere recordar brevemente el legado que este cruzado de la modernidad, de la razón, el progreso, la igualdad, la justicia y la esperanza nos deja como herencia.

Don Edgardo contribuyó decisivamente al éxito del movimiento de reforma universitaria, iniciado por los estudiantes de Concepción en 1965.

Lo recordamos como hombre recto, como apasionado defensor de las libertades; desfilando junto a estudiantes, académicos y no académicos, cuando asumió la defensa irrestricta de la autonomía universitaria, violadas en 1969.

Don Edgardo viene a la memoria de muchos, bajo la imagen del maestro, del formador de individualidades y subjetividades cada vez más humanas.

Formación que no sólo trasladó a sus hijos, sino a generaciones de universitarios en Concepción, en México y otras latitudes.

Edgardo Enríquez fue un combatiente de la libertad, sus convicciones democrático, lo llevaron a asumir desde el primer día del golpe del 73, la crítica y la oposición abierta a la dictadura.

Recordamos a don Edgardo, en su largo peregrinaje en las luchas del exilio chileno, en Bogotá como en Ciudad de México, en Londres como en la Habana.

Don Edgardo era esencialmente un hombre bueno; así lo expresa su larga lucha y búsqueda del hijo desaparecido y de todos sus hijos; los cientos de desaparecidos.

De regreso a Chile, don Edgardo en su mente siempre alerta, viva, traslucía su preocupación constante por los límites del proceso de reconstrucción del orden democrático en Chile, por los grados de exclusión que genera estructuralmente el sistema político institucional vigente, por la subsistencia de un poder militar no sometido, ni subordinado plenamente a la dirección política de las fuerzas que dirigen constitucionalmente el estado y el gobierno; por la construcción de un orden económico inequitativo y polarizante.

Finalmente quisiéramos resaltar, en estos tiempos de absolutización de la lógica mercantil, el valor alternativo, de figuras, de historias, como las de don Edgardo Enríquez Frodden; ellas ayudan a pensar que hay algo más allá de la selva del mercado de la guerra de todos contra todos.

En estas historias de vida, está presente la idea de que el mundo no se ha detenido, de que no ha muerto la historia, de que los valores y prácticas de la solidaridad y la cooperación no se han extinguido de que el futuro continua siendo posible.

La invención de un mundo más humano permanece abierto en el imaginario colectivo y en el calendario pendiente de la especie humana.

Don Edgardo, como Miguel, Edgardo, Bautista, pertenecen a la estirpe de los hombres que nunca abandonaron ni abandonarán el principio de esperanza; es decir, la convicción de que los asuntos humanos no se rigen por ciegas leyes deterministas, ni pertenecen tampoco por entero al azar.

Hay un estrecho camino que hace posible la creatividad, la invención humana, la creación del futuro, de otros mundos, de otras sociedades, de otras individualidades.

Hoy el padre y el hijo, el padre y los hijos, físicamente hablarán por siempre en una misma tumba y continuarán conversando, ahora unidos en la historia. El próximo milenio los encontrará tejiendo nuevos sueños de emancipación y de esperanza.

Otros apagarán la sed de justicia no saciada y otros retoman ya la historia inconclusa del que hoy despedimos.